

EL PERFUME DEL REY

KARINE BERNAL LOBO

EL PERFUME DEL REY

*Entre el poder y el amor
hay una línea peligrosa*

© Karine Bernal, 2022
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2022
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.



1

MISHNOCK

HELIA 7. ESTADO TEMPORAL 5. AÑO 2



—¿Me estás prestando atención? —cuestiona Rose, chasqueando los dedos frente a mis ojos cafés.

La piel bronce de quien ha sido mi mejor amiga desde la infancia reluce bajo la luz de la habitación y su melena caoba se mueve de lado a lado mientras me reclama.

—Lo hago —miento. Desconozco lo que lleva hablando los últimos diez minutos.

—¿Entonces me acompañarás? —Su voz está llena de entusiasmo.

—¿A dónde?

—¿Ves que no me estabas escuchando? —se queja—. El joven que me gusta pidió vernos y, bueno, no es posible hacerlo de día, así que acordamos reunirnos en la noche y necesito que me acompañes. ¿Las diez estaría bien para ti?

—¿Crees que Erick Malhore va a dejarme salir a esa hora? Además, ¿por qué no puedes verte con él de día? ¿Qué esconde?



—Te prometo que te lo contaré todo si me acompañas. Hazlo por tu amiga de años, la persona que más te quiere en la vida —ruega, haciendo brillar el marrón de sus ojos—. Sé que tu padre no va a dejarte ir, así que tendrás que escaparte. Eso es lo que yo haré, porque soy consciente de que mi madre tampoco me lo permitirá.

—No lo sé, Rose Alfort. —Desvió la mirada con duda hacia la lámpara que hay en mi mesa de noche en busca de una respuesta en la luz amarilla que parece crear un cálido atardecer cuando se refleja en las paredes claras de mi habitación.

—Es el amor de mi vida. Debes ayudarme a que no se escabulla.

—Has tenido más de mil amores de tu vida.

—Pero este es el verdadero, lo juro. Es un militar de Mishnock. ¿Quién soy yo para resistirme a ese uniforme azul y vino? —insiste esperanzada—. Míralo como un favor a la nación. Yo hago feliz a un soldado y él va motivado a pelear en la guerra.

—¿Acaso ya has... tú sabes... sobrepasado los límites con él? —inquiero curiosa, centrándome nuevamente en el tema.

—No, pero una historia de amor podría iniciar con ese encuentro —alega, coqueta—. Sé que mañana estarás ocupada con la presentación de los perfumes, pero en la noche puedes llevar a tu amiga a los fornidos brazos de un hombre que la necesita.

—Ya he escuchado eso antes —le recuerdo, pero ella me ignora y camina hacia mi armario a punto de reventar con el sinfín de vestidos que contiene.

—No me hagas repetirlo, él es el indicado. Lo presiento. —Abre las puertas de mi vestidor y comienza a buscar. Toma



algunos trajes, muchos, de diversos colores y formas, y se para frente al espejo de aquel tocador lleno de ornamentos y comienza a probarse uno tras otro—. Necesito que me prestes uno de estos, tus padres pueden permitirse comprar mejores vestidos que los míos y en verdad quiero deslumbrar a mi futuro esposo.

—¿Cómo qué futuro esposo?

—Hay que profetizarlo, si lo creo se cumplirá. Por cierto, mira esto —dice, se vuelve hacia mí y extiende un papel—, lo conseguí fuera de las oficinas del periódico. Es la lista de los mejores solteros de Palkareth.

Paso la mirada llena de curiosidad por el papel con los nombres de todos los hombres y sus edades. Rose tiene una ligera obsesión por capturar a uno de ellos, cosa que la lleva a esmerarse por estar presente en todas las fiestas en donde pueda encontrar uno.

—El príncipe Stefan es el primero, pero bueno, está fuera de mi rango. Demasiado inalcanzable como para intentarlo —menciona.

Hasta donde Rose me ha contado, nunca lo ha visto en los eventos, es todo un misterio con corona. Y a todos aquellos bailes monárquicos a donde él sí asiste, a ella jamás la invitarían. Si han de otorgarme la suerte de alguien, espero que no sea la suya.

—No conozco a ninguno de esta lista —confieso después de leer, mientras enrolló algunos mechones de mi maraña de cabello alrededor de mi dedo.

—Es porque no tenemos ningún título. No pertenecemos a las altas casas de la nación, pero ahí está el hombre con el



que voy a verme mañana.

—¿Es un noble? —pregunto confundida—. Recuerdo haber escuchado que se trataba de un militar.

—Sí, lo es. Unirse a la armada le otorgó su título y él ahora me lo dará a mí.

Unos toques en la puerta nos sobresaltan. Escondo la lista detrás de mi espalda como si se tratase de un vergonzoso asunto del que nadie se debe enterar, mientras finjo normalidad frente a Mia, mi hermana menor, quien está apoyada en el marco, observándonos con aburrimiento.

—Padre te espera abajo. Necesita hablar contigo y con Liz.

—¿Podrías saludar a Rose? —la reprendo.

—Ya lo hice, incluso me enseñó la lista de los solteros. Ahora baja que te están esperando.

Dejo a mi amiga en la habitación cuando voy tras mi llamado. Al bajar las escaleras encuentro a mis padres y a mi hermana mayor sentados en el comedor, rodeados de un silencio sepulcral que me alarma.

—¿Algo anda mal? —cuestiono ante la urgencia del encuentro.

—Todo lo contrario —sostiene mamá—. Mañana será un día atareado para los Malhore. Tendremos una cena muy importante.

¿Cena? ¿Se interpondrá en mis planes con Rose?

—¿Hasta qué hora?

—¿No te interesa saber con quién? Creo que eso es más relevante.

—Tienes razón. Lo siento —me disculpo y tomo mi lugar en la mesa, nerviosa.



—Inversionistas —interviene mi padre—. Vienen desde Lacrontte, pues hasta allá ha llegado la buena fama de nuestros perfumes.

—Increíble, pero todavía no entiendo que tenemos que ver Liz y yo en esto —indago al notar que ella ha permanecido en silencio.

—Es probable que alguno de ellos esté interesado en nosotras —explica ella finalmente—. No solo es una cena de negocios, sino de relaciones. Nadie vendría desde tan lejos únicamente para ayudarle a un negocio del reino enemigo.

Mi atención se vuelva hacia mi padre en busca de una respuesta.

—Es una deducción. No deben alarmarse, además, jamás las obligaría a hacer algo que no quieran.

—Yo no quiero casarme —alego de inmediato. Sin embargo, sé que lo haría si así lo requieren, porque los amo y haría cualquier cosa por ellos. Quiero que siempre me vean como una ayuda, nunca como una carga.

—Aquí nadie va a casarse —me asegura—. Los recibiremos y veremos qué es lo que necesitan. Si vienen exclusivamente por negocios o por algo más. Sin embargo, si llegaran a decirme que invertirán a cambio de la mano de una de ustedes, yo diré que no. No las voy a vender a nadie por unos tritens.

—Aun así, es nuestro deber ponerlas al tanto para que no se lleven una sorpresa —aclara mamá—. Ustedes son las únicas en edad de casamiento. No lo digo solo por ser su madre, pero las dos son hermosas.

—¿Eso es todo? ¿Ya puedo retirarme? —pregunto con un



nudo en la garganta ante la angustia que me causa imaginar un matrimonio por conveniencia con alguien a quien no conozco y que, por ende, no amo. Para mi suerte, papá asiente.

Corro escaleras arriba, chocándome con Mia en el camino. Su cabello oscuro cae en mi torso, mientras los ojos café distintivos de todos los Malhore me observan con curiosidad.

—¿Liz y tú van a casarse? —cuestiona con algo de aflicción, pero eso no quita el hecho que espío nuestra conversación.

La tomo de la mano y la llevo hasta mi habitación, en donde Rose ya tiene uno de mis vestidos en la mano. En el interior las cortinas se ondean como pequeños fantasmas flotantes por la brisa de la noche que se cuele por la ventana, agregando más tensión al ambiente lleno de zozobra. Corro hasta el marco y cierro el cristal con las manos temblorosas y la respiración sofocada ante el montón de ideas fatalistas que cruzan por mi mente.

—Respóndeme —insiste.

—Claro que no. Padre dijo que no nos comprometería por dinero.

—¿Vas a casarte? —pregunta mi amiga.

—¿Acaso nunca se va a terminar este tema? Dije que no —reitero exasperada—. Mi padre no nos haría eso.

—Pero quizás sí sea nuestro deber aceptar —Liz irrumpe en mi alcoba con una expresión neutra en su rostro, pero la conozco, sé que está escondiendo el mismo temor que yo siento en este momento—. Las cosas no marchan del todo bien en la perfumería desde que la guerra con Lacrontte se intensificó.



—¿Es que no vendemos? No he escuchado a mis padres quejarse.

—Lo hacemos, nos mantenemos a flote, sin embargo, eso no asegura que sea así para siempre. ¿Has visto las noticias? La frontera cada vez está más golpeada, el ejército de Lacrontte nos sobrepasa en número y sé que en poco tiempo ya nadie estará interesado en comprar perfumes, les importará más abastecerse de comida ante la amenaza de un nuevo ataque.

—No quiero quedarme sola —habla Mia.

—Debes entender que, como tus hermanas mayores, debemos ayudar a nuestros padres y un compromiso supondría un alivio para ellos. Tendrían una hija menos de la que encargarse.

—Ustedes solamente son tres —interviene Rose—. Además, están económicamente muy por encima que el promedio de los plebeyos. Ya quisiera yo poder tener la mitad de las cosas que ustedes poseen. Pueden permitirse vestidos hechos a mano y Emily incluso tiene pendientes de plata.

—Y los tendrá que vender si la situación del reino continúa así —dice Liz.

—Después de salir de mis tutorías puedo buscar trabajo —contesto—. Eso no afectará la perfumería porque ustedes seguirán ayudando a mis padres.

—Yo también puedo conseguir uno y le daré la mitad de mi sueldo a Emily —apoya mi amiga—. Bueno, quizás el treinta por ciento.

—Emily, si alguno se propone a nosotras es necesario que estemos abiertas a la posibilidad de aceptar el compromiso. Espero ser yo para que tú puedas seguir con cualquiera que sea tu sueño.



Liz sale de la habitación, llevándose a Mia consigo después de ponerme una soga en la garganta. Sé que debo ayudar a mis padres en todo lo que pueda, pero si de algo estoy segura es que no quiero casarme con nadie a quien no ame.

—No te preocupes, podemos vender cosas en el mercado. Mis padres y yo siempre compramos objetos en tiendas de segunda mano, así que podríamos llevar algo que no uses y recaudar dinero —sugiere Rose, intentando reconfortarme—. Esto va a sonar fuera de lugar y un poco egoísta, pero... ¿Si me acompañarás mañana a reunirme con el amor de mi vida?

—Bien. Mañana a las diez de la noche —cedo finalmente—. Espero que no nos arrepintamos de esto.

Quiero convencerme de que estoy haciendo algo bueno al ir con ella y solo concentrarme en eso, pero la posibilidad de terminar comprometida con alguien del reino Lacrontte no me abandona. Ellos son el enemigo, todo lo que me enseñaron a temer y ahora los tendré en frente como futuros aliados, mientras ruego en silencio que ninguno haga una propuesta que pueda arrancarme de mi hogar. La última cosa que deseo es convertirme en una súbdita del impiadoso rey Magnus.





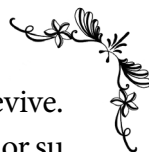
2



—Ese perfume, majestad, contiene las notas florales que usted solicitó en nuestra última reunión —explica mi padre a la reina, quien nos observa en silencio desde lo alto de su trono—. Lo que sostiene en sus manos es el resultado de muchas pruebas.

Hoy nos encontramos en el palacio real en la presentación semestral de perfumes para los reyes, en donde les enseñamos las nuevas creaciones basadas en sus gustos y exigencias. Afortunadamente, padre es un gran vendedor, tiene el don de la palabra, algo con lo que yo no cuento, es por eso que mi función aquí se limita a sostener y entregar los objetos que me pida, mientras él se encarga de ayudar a los reyes con su elección.

—Creo que a Silas le gustará este —dice la reina y agita con delicadeza el frasco con líquido blanquecino antes de ponerlo en su el dorso de su muñeca, cuidando que ninguna gota caiga sobre su traje ocre.



Siempre he admirado la presencia de la reina Genevive. Tiene el aire angelical que le falta a su esposo, quizás es por su estructura ósea tan fina, la singular manera en la que se mueve como si se tratase de un diente de león en el viento, o la suavidad de su tono al hablar. Todavía sigo intentando descubrir el enigma que representa.

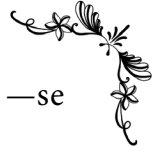
—Sí, sin duda este es el elegido —sonríe satisfecha, dándole entrada a las delgadas arrugas que decoran sus ojos avellana.

—Me regocija saber que he podido cumplir nuevamente con sus expectativas, majestad.

Padre no se esmera en ocultar su emoción y no es reprochable, pues tenerlos como clientes es una de las mayores razones por las que nuestra perfumería tiene tanto prestigio en el reino.

—Lamento que Silas y Stefan no hayan podido estar presentes, pero estoy segura de que tomé la decisión correcta en cuanto a sus fragancias. Y, señor Malhore, reitero el placer que es para nosotros que sea usted nuestro perfumista de confianza. Cuando salga al pasillo un guardia les dará su pago.

Comienzo a guardar los perfumes no seleccionados en el maletín de papá con cuidado para que no se quiebren y se unan a la mezcla pesada de distintos aromas en las que se ha convertido el aire de la sala del trono, ya que ni siquiera la brisa que entra por los inmensos ventanales ha sido capaz de disipar las esencias. Desde madera y cítricos hasta sándalo y miel se han adueñado de las columnas abanderadas con el escudo del reino, dejando en el olvido aquel olor a pino que cubría el pulido suelo de mármol en el que ahora estamos de pie.



—Espero pueda hacerle llegar mi saludo al rey —se despide mi padre en una reverencia.

—Cuenta con ello, señor Malhore, con la condición de que igualmente le haga llegar mis afectos a su esposa. Señorita Malhore, gracias también por venir. La última vez que la vi era solo una niña y mírese ahora, es toda una jovencita hermosa. ¿Está usted casada o prometida?

—No, majestad, todavía no he entrado en el ámbito casamentero.

—Y espero tampoco lo hagas pronto —escucho el susurro de papá.

* * *

Caminamos ahora por las calles de Palkareth, la capital del reino, dejando atrás la opulencia de la casa real, sus muros altos cargados con los retratos de los antiguos reyes de Mishnock, cada uno con miradas pesadas, apesadumbradas, como quien ha vivido tormentosos momentos y los recuerdos jamás lo abandonan. Barbas espesas que me hacen preguntarme si bajo ellas alguna vez hubo una sonrisa, y vistosas coronas de rubíes, la misma en cada retrato, pasando de reinado en reinado hasta llegar los implacables ojos de flamas azules del rey Silas Denavritz, los cuales parecen seguirte a medida que caminas en el palacio.

—Recaudación de impuestos —informa papá con algo de desaprobación, devolviéndome a la realidad.

Dirijo mi atención hacia el frente, donde veo un grupo numeroso de guardias marchar de manera sincronizada,



formando una línea fina por las calles. El uniforme azul y vino se asemeja al mar teñido de sangre. Es inquietante a la vista, y mucho más por las armas que cuelgan de sus hombros. Avanzamos hasta la plaza donde las filas se extienden vías abajo, claramente divididos por las clases sociales, pues los plebeyos no podemos mezclarnos con los grandes señores y damas de la nación. Todos ya sostienen en sus manos una pequeña bolsa color vino con los tritens indicados por ley según su función dentro del reino. Los desempleados de Mishnock deben contribuir a la monarquía por el simple hecho de habitar la nación, sin embargo, a ellos son los que peor tratan, pues mientras menos impuestos paguen, menos valen. Los obreros y sirvientes que trabajan en casas de quienes cuentan con un título nobiliario van en una sola fila, junto a trabajadores de las plazas de mercado, campesinos, herreros y oficios similares. Los guardias, militares, cocineros, doncellas y cualquier otra persona que sirva en el palacio o el reino, pagan los impuestos más bajos de la nación, pues se redimen con su trabajo. Los joyeros, perfumistas, orfebres, floristas, músicos, tutores, sastres y profesiones que requieren una educación especializada deben organizarse en otras. Y es aquí donde me deja mi padre.

—Cuida mi lugar en la fila mientras voy a la oficina de correos a enviarle el dinero de los impuestos a tu abuela— dice antes de alejarse.

Lo veo caminar mientras el sitio comienza a llenarse de personas. Todos bajo el estridente sol de Palkareth, mientras las filas de los condes, vizcondes, barones y señores están bajo unas gruesas carpas que los protegen de los violentos rayos. Los duques y marqueses no deben siquiera salir de sus casas



para pagar los impuestos, ya que los recaudadores van hasta sus viviendas para recoger el dinero.

Miro a mi alrededor y veo a algunos soldados arrastrar a varias personas por la plaza, como si fuesen criminales capturados en flagrancia.

—Esto es una injusticia —protestan a mi espalda.

Suenan las trompetas y los guardias reales llenan el lugar, avisando de la presencia de alguno de los monarcas.

—Una reverencia para su alteza, el príncipe Stefan Denavritz Pantresh.

La multitud hace lo pedido, doblando su cuerpo ante el heredero y chocando unos con otros debido a la cercanía.

—Pueblo de Mishnock —inicia el príncipe sobre un escenario improvisado—. Gracias a ustedes y a sus puntuales aportes nuestra frontera seguirá segura, los soldados recibirán el pago que merecen por su heroica función y podremos costear mejores armas.

Papá llega a mí por la derecha y toma mi punto en la fila, llenando una bolsa con los tritens correspondientes. Avanzamos lento, pues todos parecen tener los ojos puestos en el monarca heredero, y yo no soy la excepción. El príncipe tiene una belleza indiscutible, pero también una manera tan extraña de dirigirse a la nación que me cuesta conectarme con su discurso, pues luce como si hubiese ensayado sus líneas por días y parece más una estatua parlante que un soberano agradecido con el reino.

—El rey Magnus no se cansará hasta repetir con nosotros la historia que vivieron nuestros antepasados en la época de Meridoffe y Bartolomeo, pero ahora no necesitamos un liberador sino unión para vencer la violencia de los lacrontters—



declara con la mirada puesta en el horizonte.

—Nombre, señor —pregunta el recaudador. Ni siquiera había notado que ya estábamos en primera fila.

—Erick Malhore —responde concentrado.

—Ocupación y cantidad total de miembros de su núcleo familiar —pide sin mirarlo—. Más le vale que no mienta. Tenemos los registros.

—Perfumista y cinco personas.

—Serían entonces cien tritens.

—¿Disculpe? Son siempre cincuenta tritens. Diez por persona.

—Los impuestos han subido y para ustedes ahora son veinte, así que dispóngase a pagar porque la fila es larga.

De mala gana mi padre toma su maletín y lo apoya sobre la mesa para sacar los cincuenta tritens pedidos y así completar lo que había entregado. Sabemos bien que nos irá peor si no cumplimos con lo ordenado. Pasa la bolsa de monedas a uno de los recaudadores, quien empieza a contarlos con rapidez y asiente al verificar que todo está completo.

—Gracias por contribuir a la guerra —dice el segundo hombre y le entrega a papá una insignia circular con nuestro apellido grabado junto a un breve mensaje: “Cumplí con el pago mis impuestos”, que debe ser exhibido en la puerta de cada hogar para registrar a quienes obedecemos la norma y diferenciarnos de los que no.

—Como si tuviese opción —susurra mientras salimos de la fila.

De repente, escucho una barrida de gritos mientras el futuro rey continúa su discurso.



Mi padre parece ver algo que mi baja estatura no me permite y en cuestión de segundos corre hasta un grupo de guardias que llevan a rastras a una mujer.

—Esto es un atropello, ¿por qué le hacen esto? —cuestiona indignado.

—No ha pagado sus impuestos y la ley ordena que quien no lo haga debe ser encarcelado.

—Es una anciana, por favor.

Me escabullo entre la multitud que se ha reunido para descubrir en el centro del tumulto el rostro de Nahomi, quien se ha convertido en una amiga cercana a la familia desde hace algunos años. Vive a unos metros de mi hogar, siempre está sola y parece que su familia la ha abandonado a su suerte. Muchos en Palkareth la repudian, pues es una mujer mayor que no se encuentra del todo cuerda, sin embargo, es la persona más interesante que conozco. La mayoría del tiempo está divagando por las calles sin rumbo fijo y son los vecinos quienes la obligan a regresar a su hogar cuando la noche hace su entrada.

—Si desea que sea liberada, debe pagar sus impuestos —alega el soldado, altivo.

—Son cinco tritens ¿no? —pregunta papá, rebuscando las últimas monedas en el maletín—. Es una mujer desempleada, por lo tanto, paga menos.

—Son treinta. Ahora es una infractora, así que su delito sextuplica sus impuestos.

—Solamente tengo veintiocho tritens. Tuve que tomar más dinero para completar mis impuestos.

—Son treinta tritens. Si no los tiene le sugiero que no obstruya el paso.



—Papá puedo ir a casa por lo que falta —me ofrezco.

—No, no te dejaré ir sola —dice, poniendo la mano en mi hombro para luego volverse al soldado—. Nada más restan dos, déjelo pasar esta vez.

—Son órdenes reales.

—¡Es una anciana! —brama frustrado—. Estoy pagando por su libertad.

—No le grite a la autoridad —ordena el soldado—¿Acaso no respeta la ley? Queda usted detenido por irrespeto a la autoridad.

—¡¿Qué?! —un grito sale de mi garganta—. No pueden detener a mi padre.

Un par de hombres toman los brazos de papá para guiarlo hasta el resto de los ciudadanos infractores. Si el desacatar una orden sextuplica la pena, no quiero pensar en todo lo que debemos pagar ahora. No creo que contemos con ese dinero.

Papá intenta pasarme su maletín, pero antes de que nuestras manos se toquen, me bloquea un guardia que me manda lejos de la escena. Tropiezo, pero no caigo. Me toma unos segundos mantener el equilibrio y una vez que lo consigo la impotencia llena mi ser.

—¿Qué sucede aquí? —una voz firme me detiene en el momento en que pienso protestar por el maltrato.

Unos ojos azules se cruzan conmigo, mirándome con detenimiento, confundido. Lo reconozco de inmediato, es el príncipe.

—Son solo infractores, alteza —explica uno de los hombres.

—Eso no es cierto —me atrevo a decir con un poco de miedo—. Mi padre no ha hecho nada.



—Irrespetó la autoridad.

—Solamente intentaba salvar a una mujer —replico en voz baja.

—¿Qué mujer? —pregunta el príncipe, mirándome con detenimiento.

—Nuestra amiga, a quien llevaban como un animal —defiende mi padre, todavía retenido por los soldados.

—Intentamos pagar —intervengo nuevamente al ver que el heredero ha mantenido su atención en mí.

—Suéltelos —ordena de repente, pero sin volverse a ellos—. A ambos.

Con agilidad, mi padre vuelve a mi lado con la bolsa de tritens en la mano y en pocos segundos nos acompaña Nahomi, quien no cesa de agradecer, yo también quisiera hacerlo, aunque no sé cómo iniciar siquiera. Estoy demasiado intimidada por la atención recibida de los curiosos que observan la escena en silencio. Tampoco ayuda la presencia del príncipe y su incesante mirada distante que de alguna manera resulta cálida. ¿Será alguna estrategia para parecer agradable ante sus súbditos? Suena como una de esas cosas que les enseñan los monarcas.

—Emily, ¿a dónde crees que me llevaban? —inquire Nahomi, totalmente desconcertada—. Me gusta vivir en Palkareth, no quiero que me lleven a otra ciudad.

—No vas a ningún lado, Naho, solo a casa —la tranquilizo, abrazándola.

—Esto le pertenece, alteza —comunica mi padre, pasando las monedas a sus manos.

—No es necesario que paguen —dice con voz neutra—. Disculpen las molestias causadas.



—No tiene usted que disculparse, alteza.

Levanto la mirada hacia él, quien aparta la vista cuando nuestros ojos se cruzan.

—Espero estén bien —repone antes de darse la vuelta y alejarse de nosotros.

Lleva las manos en su espalda y camina con elegancia hasta perderse en compañía de un grupo de guardias que lo esperan al otro lado de la plaza. Aunque desaparece de mi vista, su mirada intensa no y mucho menos el gesto que tuvo con nosotros. Jamás pensé que dos personas que amo serían rescatadas de una injusticia por el futuro rey de Mishnock. Al menos parece que el reino quedará en buenas manos, pues jamás se ha visto al rey Silas en una acción semejante.

—Fue una mala primera vez —dice Nahomi de repente.

—¿Disculpa? —cuestiono extrañada.

—El príncipe. Fue una mala primera vez para ustedes, pero no la única.

* * *

Cuando el reloj marca las siete, mi madre golpea la puerta de mi habitación para informarme que los inversionistas han llegado a casa. Liz se encuentra detrás de ella, impoluta en un vestido violeta que resalta el tono caucásico de nuestra piel.

—¿Estás preparada? —pregunta con la sonrisa tierna que me regala desde que tengo memoria.

Me limito a asentir, aun cuando por dentro estoy muriendo de nervios de solo pensar que alguno de esos hombres pudiera



hacer una propuesta que yo no estoy dispuesta a aceptar.

—Ambas se ven hermosas —adula una vez me uno a ellas en el pasillo.

Bajamos hacia la primera planta donde la iluminación hace relucir mi vestido crema, bordado en pequeñas margaritas blancas y hojas verdes. Mia se encuentra en el comedor junto a mi padre, quien ya conversa con tres hombres. Rodeamos la mesa y tomamos lugar frente a ellos e inmediatamente quedo petrificada. El cabello canoso del primero me hace creer que puede tener unos cincuenta años, las arrugas en su piel me demuestran que ha vivido noches largas y días cortos, la contextura robusta de su cuerpo indica que ha tenido el dinero suficiente para disfrutar festines, y por la mirada altiva y mezquina que nos ofrece podría jurar que no compartía esos bufés con nadie. El segundo es mucho más joven, posiblemente pase los veinte; tiene piel trigueña, ojos miel y una postura erguida, cautelosa y vigilante, como si de un militar se tratara. Dirige su atención hacia cada rincón, como si quisiera grabarse a detalle el sitio en el que se encuentra. ¿Acaso hemos dejado entrar un hombre de la guardia negra en nuestra casa? Y finalmente, el tercero, cabello oscuro y seco, como quien ha pasado mucho tiempo bajo el sol, él es el único que sonríe y parece estar cómodo en esta reunión, cuenta con unos ojos esmeralda que, aunque intentan reflejar buen humor me resultan bastante escalofriantes.

—Es un placer conocerlas —saluda el último, observándome fijamente mientras su mirada se oscurece.

—Buenas noches —respondo, dirigiendo mi atención a todos los presentes.



—Sin duda es una excelente noche —escucho comentar al mayor con una sonrisa inquietante—. En verdad espero que cruzar hasta la frontera enemiga haya valido la pena.

Esta reunión solo tiene un par de opciones: ser un éxito en el que Liz y yo salgamos sin ninguna propuesta de matrimonio, pero con una inversión segura para el negocio familiar, o un fracaso para alguna de las dos y que nos veamos obligadas a unir nuestra vida con el enemigo para así tener su apoyo económico.

—Ellas son mis hijas, Liz y Emily Malhore —nos presenta papá.

—¿Liz es una abreviación de Elizabeth? —pregunta el joven de ojos miel.

—No, de Lizzie —responde. Es evidente que no se siente cómoda, y no es la única.

—Creo que es mejor que nos presentemos. Soy Cedric. —Extiende su mano hacia ella—. Él es Percival. —Señala al mayor de los tres.

—Y a mí me pueden llamar “mercader” —dice el último.

—¿No juzga necesario que conozcamos su nombre si vamos a hacer negocios? —interviene mi padre.

—Sabrán lo necesario, y mi nombre ahora no urgente.

Mientras mamá nos sirve la cena, noto que la mirada del mercader recae sobre mí cada medio minuto.

—Entonces debería empezar a explicarnos su propuesta —dice para desviar su mirada.

—De acuerdo. No está de más decir que soy un importante hombre de negocios en Lacrontte y he querido ampliar el horizonte invirtiendo en otras naciones. ¿Y qué mejor que



comenzar con la perfumería más famosa del reino de Mishnock?

—Como familia agradecemos los cumplidos, pero le pediré que sea más específico.

—Por supuesto. El joven Cedric, quien es su compatriota nos comentó sobre su fama y creí que con una buena inversión podríamos extender el negocio hasta Lacrontte.

—¿A su rey no le importa tener una perfumería propiedad de un plebeyo del reino enemigo?

—Su majestad, Magnus —interviene Percival—, no se relaciona mucho con el pueblo, solo le interesa que cumplamos con sus leyes y en ninguna se prohíben las alianzas de negocios con Mishnock. Es más, me atrevería a decir que ni siquiera lo notará, él jamás sale de su palacio.

—Entonces hablemos de inversiones.

Tomo la cena atenta a cada detalle de la conversación y casi me atraganto cuando revelan que la cifra es de tres millones de tritens.

—¿En qué se gastará? —cuestiona mi padre, intrigado por el número.

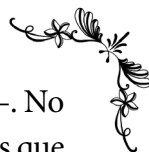
—En Lacrontte nos gusta el lujo, así que será necesario, ustedes obtendrán el treinta por ciento de las ganancias acumuladas allá y si logramos abrir sucursales aquí, obtendrán el cuarenta.

—Esperábamos el cincuenta por ciento —refuta mi padre.

—Estoy ofreciéndole más de lo justo. Dentro del resto debo costear el nuevo sitio, empleados y materiales.

—Creo que es una buena propuesta, Erick —habla mamá.

—Debemos pensarlo como familia.



—No deberían tardarse tanto —alega el mercader—. No imaginan lo difícil que fue venir hasta acá. Los permisos que se necesitan para salir del reino dado el caos que hay en la frontera por la guerra se vuelven cada vez más difíciles de conseguir.

—Lo haremos. No tiene que preocuparse.

—Recuerden que las guerras destruyen la economía, y si las cosas siguen así, nadie les prestará atención a sus perfumes. En cambio, los grandes acaudalados de Lacrontte no tendrán problema en gastar dinero en lujos.

— Parece que intenta manipularnos —responde padre, dispuesto a no ceder bajo presión—. Ya le dije que lo pensamos y les daremos una respuesta pronto.

—Hay algo más —interrumpe Percival, captando la atención de todos—. El joven Cedric nos dijo que este es un negocio familiar.

Todas las miradas se dirigen al moreno de ojos brillantes, quien solamente se encoge de hombros.

—Soy su voz en Mishnock —dice con naturalidad—, debo mantenerlos informados.

—Así que necesitaría que una Malhore se fuese conmigo a Lacrontte para que me enseñe todos los secretos de la perfumería.

—Mi esposo puede viajar y enseñarle lo necesario —contrapone mi madre.

—Parece que no me hecho entender. Requiero a alguien a mi lado de forma permanente, y creo que la encontré. —Sus ojos se desvían hacia mi hermana, quien baja la cabeza intimidada—. La señorita Liz ha captado mi atención.



—Mis hijas no están buscando un compromiso.

—Pues deberían, los enfrentamientos se incrementan y pronto las familias no podrán mantenerse. Y, bueno, ustedes tienen tres hijas. En cambio, si Liz está casada con un hombre generoso como yo, podrá tener una vida privilegiada y aportar a su familia con mi dinero.

—Para eso es el trato, ¿no? —inquire mi padre—. La sucursal en Lacrontte nos ayudará a sobrellevar la situación aquí.

—Necesito que comprenda el trasfondo de la propuesta. Si no hay compromiso, no habrá negocio. No crea que voy a dejar mi perfumería e imponer su monopolio solo por dinero. Necesito un estímulo superior.

—Me pregunto por qué tiene que viajar al reino enemigo para conseguir esposa. ¿Qué reputación tiene en Lacrontte?

—La mejor, y pienso unirme con su hija para extender mi patrimonio y renombre.

—No estamos interesados.

—¡Padre! —mi hermana levanta la voz—. Considero que deberíamos pensarlo. Él tiene razón. La guerra cada día se vuelve más cruda, yo podría asegurar el futuro para todos. Estoy dispuesta a hacerlo por mi familia.

—Liz, por favor —sentencia entre dientes, casi como una súplica para que se detenga—. Me rehúso a que siquiera lo consideres.

—No lo juzgo, señor Malhore —expresa el joven Cedric—. Su hija es muy bonita y estoy seguro de que, si el mercader no tuviese pareja, invitaría a la segunda en línea.

—La señorita Emily es agraciada, pero mi mente en estos



momentos se encuentra ocupada con alguien más —repone el mercader.

—Y entendemos las razones. Su novia es una de las grandes bellezas de Lacrontte —prosigue su compañero—. Y ahora Percival se llevará consigo un encanto de Mishnock.

—Creo que es mejor que demos por terminada esta cena. —Papá se nota molesto, sin embargo, se esmera mantener la compostura.

—Podemos irnos sin una respuesta, pero su perfumería no se podrá mantener sin una buena inversión. El futuro de su familia está en sus manos.

El mercader es el primero en levantarse del comedor. Ya ha dejado de lado la expresión amistosa con la que nos quería convencer al principio y ahora ha adoptado un gesto serio e irritado. El resto de sus compañeros lo siguen en silencio, es obvio que están molestos por no haber recibido una respuesta positiva, sin embargo, no comentan nada y se limitan a caminar hacia la puerta precedidos por papá, quien intenta ocultar el mal humor que lo gobierna.

—No soy un hombre que espera demasiado. Recuérdele —avisa el hombre de ojos verdes antes de abandonar la casa.

—Buenas noches —le responde y cierra la puerta cuando dan la espalda.

Se recuesta en la madera e inhala profundo, tratando de poner orden a sus emociones. Clava luego la vista en Liz, quien ya lo mira con impaciencia por hablar.

—Es una gran oportunidad —suelta ella primero.

—No tienes que aceptar nada, no es tu obligación sacarnos adelante.



—Eso lo tengo claro, pero puedo ayudar y si esa es la única manera que tengo para hacerlo voy a asumirla. Y con todo respeto, padre, ya soy una adulta y puedo tomar mis propias decisiones.

—¡No lo puedo creer, Lizzie Marie Malhore Lanreb! Siempre has sido la más madura de las tres y ¿ahora me sales con esto? ¿Es que acaso tienes deseos de casarte con tanta urgencia?

—Soy mayor y tampoco tengo prospectos, el único hombre que conozco es Edmund y no me atrae en lo más mínimo.

Él es su mejor amigo desde que tengo uso de razón y son inseparables, tanto así que Edmund ha empezado a albergar sentimientos no propios de una amistad y es algo que ella nunca ha notado.

—Esto es inaudito. ¿Qué tengo que hacer para que te saques esa idea de la cabeza?

Las discusiones me incomodan y más si incluyen a miembros de mi familia. Me angustia, pues siento que cada palabra crea pequeñas grietas en nuestra relación y no puedo hacer nada para detenerlas.

—Aceptarlo, porque voy a casarme y con eso los ayudaré, esa es mi decisión. —Se levanta de la mesa, afligida—. Con su permiso, me retiro a mi habitación.

Se aleja a zancadas, dejándonos a mi padre y a mí estupefactos.

—¡Esto es inverosímil! No termino de concebir que una cena de negocios haya terminado en una disputa familiar— discute mi madre—. Que tres hombres hayan acorralado a Liz de esta manera.

—Mia, Emily —papá se dirige a nosotras—, no es un



secreto que con cada ataque la economía del reino tambalea y se reduce. Incluso subieron los impuestos, pero no por ello deben verse obligadas a aceptar compromisos por conveniencia. Quiero que cuando alguna se case, lo haga enamorada y no para ayudar a sus padres a salir de algún apuro, ¿entendido? —habla decaído, y mi corazón se vuelve pequeño al escucharlo—. Ese reino solo trae problemas, caos y discordias, así que quiero que ustedes dos se mantengan alejadas de cualquier lacrontter.

—Lo prometo —acepto para sanar su agonía—. Ahora creo que es momento de que yo también me retire.

Camino escaleras arriba para buscar a mi hermana e intentar persuadirla. Sin importar cuán tenso esté el ambiente, quiero escucharla, entender lo que siente más allá del compromiso.

—¿Liz, quieres hablar? —pregunto una vez la alcanzo en su habitación.

—En realidad no hay mucho que decir. Lo hago por todos nosotros.

—Pero nadie te está pidiendo que lo hagas.

—De eso se trata el sacrificio. No te preocupes, yo estoy bien, estoy tranquila. Necesitamos esa inversión para salir adelante.

—Hay otras formas. No te ciegues únicamente por las promesas de un hombre que pretende engañarnos con dinero.

—Mily, basta. —Adopta una actitud seria, ruda—. Ya tomé la decisión.

—De acuerdo. —Decido ceder al notar su terquedad—. Buenas noches.



El camino de vuelta a mi alcoba es triste. Me preocupa la decisión de Liz, no quiero perderla, no quiero que se vaya al reino enemigo con un hombre que no ama. Sé que papá se sentirá culpable toda la vida al ver la desdicha de mi hermana y yo también. ¿Qué puedo hacer? Quiero ayudar, encontrar una solución con la que nadie se tenga que entregar a un lacrontter, con la que nadie deba sacrificarse, pero por más que me esfuerce nada viene a mi mente.

—Creí que nunca se terminaría la cena. —La voz de Rose me saca de mis pensamientos cuando cruzo la puerta de mi cuarto.

A duras penas la distingo en medio de la oscuridad, iluminada escasamente con la luz de la luna que se filtra por la ventana a su espalda. Cuando enciende la lámpara de mi mesa de noche, la veo sentada en mi cama con las piernas cruzadas, arreglando su cabello en una coleta alta.

—¡Por mis vestidos! No te esperaba aquí —enciendo la luz general para verla mejor—. ¿Cómo entraste?

—Por el patio. Escalé la pared y luego subí hasta tu ventana. ¿Cómo supones qué regresaremos? Debes dejarla abierta para que podamos entrar sin hacer mucho ruido.

—En verdad no me termina de convencer esta hazaña.

—Saldrá todo bien, tampoco es como si fuésemos a matar a alguien.

—Sí, a matar la confianza que mi padre ha puesto sobre mí.

—Te juro que no se va a enterar —asegura, mientras camina hacia el espejo para mirarse—. Por cierto, tomé prestados tus pendientes de plata, espero no te moleste. ¿Me veo bien? ¿Opinas que pueda conquistarlo con esto?



—Completamente segura de que no podrá resistirse.

Rose me saca algunos centímetros de estatura, por lo que el atuendo rosa que ha escogido no le cubre del todo las piernas, sin embargo, abraza a la perfección su figura. Me coloco a su lado para detallar mi vestido y le sonrío al espejo tal como ella lo hace, pero esa expresión no se refleja en mis ojos, la preocupación por la cena no abandona mi cabeza y aunque trato, no puedo compartir la emoción de mi amiga por la aventura que se aproxima.

—Si este encuentro resulta bien, le pediré a mi hombre que te presente un militar —dice, apretando mis hombros con euforia.

—¿Tu hombre?

—Debo profetizarlo para que se cumpla —explica, tomando mis pendientes de plata del tocador sin mi autorización—. Además, nunca has tenido un novio y ya tienes dieciocho.

—No estoy interesada.

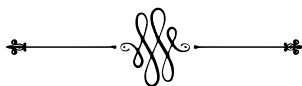
—Revisa la lista, Emily —pide, refiriéndose al listado de los solteros—. Puede que haya uno que llame tu atención... que no sea el príncipe. Ahí ya no tendrás posibilidad, a menos que ocurra un milagro y aquí en Mishnock hasta el momento no ha pasado ninguno.





El perfume del rey

DE
KARINE BERNAL LOBO



EN LIBRERÍAS
EN ABRIL DE 2023

 Planeta

